

En La Habana de principios del siglo XX, la familia Méndez Capote y Chaples ocupó un lugar en la sociedad de la época, y una de sus hijas nos regaló

El matrimonio de mis padres

Por NAVIA GARCÍA

La escritora cubana Renée Méndez Capote en su libro *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, nos regala las memorias de su familia, durante la primera mitad del pasado siglo, contadas desde la visión de una niña.

A través de estas pequeñas confesiones nos descubrimos los valores y la espiritualidad de un matrimonio cristiano, el de sus padres, Domingo Méndez Capote y María Chaples, ambos criollos distinguidos y con altos valores patrióticos.

Domingo, el padre, fue un hombre que supo inculcarles a sus hijos una visión justa de la vida, libre de convencionalismos y respetuosa de todas las creencias. Durante la infancia de sus cuatro hijos se preocupó por inculcarles la doctrina cristiana, diciéndoles: “Jesucristo fue una figura inmensa. Fue un admirable revolucionario”.

También les enseñó la importancia de trabajo y que un hombre se debía apreciar no por lo que tenía para dejarles una pequeña sentencia: “Cuando yo muera les dejaré una buena sombra, la sombra de un hombre trabajador, pero nada más. Yo no les dejaré dinero.”

Por su parte, la madre, María Chaples, hija del abogado Gaspar Chaples y Montiel era además nieta del eminente médico católico don Ramón Chaples del Corral y siempre fue una mujer muy creyente con una fe sencilla. Le enseñó a su hija: “La obligación antes que la devoción. No puede agradar a Dios la mujer que no cumple primero sus deberes.” Ella había vivido los horrores de la Reconcentración en los duros tiempos de Valeriano Weyler y probado las amarguras de la emigración.

Doña María, como la llamaban, no dejaba de ir los domingos a misa ni un jueves a la reserva acompañada de sus hijos y lo que ella llamaba “la corte de los milagros”, un grupo de pobres a los que acostumbraba socorrer. Incluso a algunos les pagaba el alquiler de las modestas habitaciones en que vivían y cuanto pobre acudiera a su puerta los viernes recibía

su caridad. Entre estos había un viejecito paralítico del que se encargó durante años no solo con pagarle el alquiler sino llevarle ropas y medicinas. A estas obras generalmente iba con sus hijos como enseñanza de caridad cristiana.

Para ella los domingos eran sagrados doblemente, porque después de la eucaristía se llegaba hasta una cuartería, con el cuidado de no parar el coche a la puerta para no hacer gala de sus buenos oficios, y llevaba consigo todo lo que se le ocurría para alegrar a una anciana completamente desamparada. Le barría el cuarto, sacaba la basura, cambiaba la ropa de cama, la bañaba, vestía y peinaba. Luego se sentaba a hacerle la visita además de pagarle el lavado de la ropa y la comida. Lo más curioso, según relata su hija, es que “la ancianita nunca supo su nombre y ella no le preguntó el suyo”.

En las tardes de lluvia se sentaba en el portal con sus hijos alrededor para contarles historias de las guerras de independencia y de los grandes patriotas Martí, Céspedes y Maceo.

El matrimonio de Domingo y María era muy estricto en sus costumbres, en especial en cuanto a los horarios de comida; primero los hacían los niños, y a las siete y media los mayores, para a las ocho darles la bendición a los hijos. La madre además les daba un beso a cada uno y recuerda la escritora que el padre le decía “Dios te bendiga y te haga una santica”. Después, doña María apagaba la lámpara de gas de cuyo cristal colgaba un angelito de *biscuit*, abría la ventana y encendía una vela que apagaba al rato cuando sus hijos estaban dormidos.

Así rememoró Renée Méndez Capote el cariño y educación que ella recibió de sus padres, desde su nacimiento en 1900, iniciando el siglo XX.

